



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Regeneracionismo y utopía en la literatura del 98

Autor: Román Román, Isabel

Forma sugerida de citar: Román, I. (1998). Regeneracionismo y utopía en la literatura del 98. *Cuadernos Americanos*, 6(72), 160-174.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 72, (noviembre-diciembre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Regeneracionismo y utopía en la literatura del 98

Por Isabel ROMÁN ROMÁN
Centro Extremeño de Estudios
y Cooperación con Iberoamérica (CEXECI)

BUEN NÚMERO DE OBRAS LITERARIAS del fin del siglo XIX y la primera década del XX divergen aparentemente del análisis positivista que sobre los males de la patria y la regeneración nacional venía realizando la sociología desde la década de los ochenta del siglo XIX. Algún crítico ha apuntado al respecto que en el fin de siglo el arte sustituye el análisis positivista de la sociedad por ensoñaciones medievalizantes y propuestas espiritualistas.¹

Como sabemos, la necesidad de “regeneración” término del campo léxico biológico en su origen, y vinculado a la visión organicista de la sociedad— se venía reiterando en discursos y escritos políticos tras la Revolución del 68. Aunque los *Diccionarios* de la Real Academia de 1869 y 1884 recogen sólo la acepción moral del vocablo, se han documentado ejemplos tempranos de discursos parlamentarios de 1869 en los que empezaba a usarse con la acepción que nos interesa aquí. Así, F. Garrido amonestaba en un discurso de marzo del citado año: “Procederíamos con ligereza, que quizá comprometería notablemente a la grande obra de la regeneración de la patria”,² y Lucas Mallada advertía tempranamente que la inmensa plaga del caciquismo estaba al borde de convertir al país en un muerto al que habría que intentar regenerar: “Es preciso regenerar y revivir al país por todos los medios y con todos los elementos de alguna fuerza disponibles”.³

A comienzos del siglo XX comienza la burla de esta terminología, con lo que el cansancio producido por la reiteración de ciertas formulaciones teóricas parece claro. Por ejemplo, en *La voluntad*

¹ José Carlos Mainer, “El teatro de Galdós, símbolo y utopía”, en *La crisis de fin de siglo: ideología y literatura*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 177-212.

² María Paz Battaner Arias, *Vocabulario político-social en España. 1868-1874*, Madrid, Anejos del BRAE, 1977, p. 603.

³ Francisco J. Flores Arroyuelo, ed., *Los males de la patria y la futura revolución española*, Madrid, Alianza, 1969, pp. 171-197.

de Azorín (1902), el educador Yuste se hace eco del abuso del vocablo, cuando comenta la famosa *Protesta* de los jóvenes Azorín, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu aparecida en *El Correo Español* en febrero del mismo año. Este “Manifiesto de los Tres” mencionaba los propósitos renovadores como algo lejano, al iniciarse diciendo: “Y en aquel tiempo en la deliciosa tierra de Nirvania todos los habitantes se sintieron tocados de un grande y fervoroso deseo de regeneración nacional”. Yuste advierte proféticamente: “Yo veo que todos hablamos de regeneración [...] quiero leértela porque pinta un período de nuestra vida que, acaso, andando el tiempo se llame en la historia la época de la regeneración”.

El mismo Yuste afirma que la filosofía murió con la Revolución de Septiembre, sustituida por el positivismo y más concretamente por la sociología, a la que define sarcásticamente como “algo así como un nuevo licor de la madre Seigel, como unas nuevas píldoras Holloway... ¿Sabe alguien lo que es la sociología? Proyectos sobre el bienestar social, sobre las relaciones humanas, sobre todos los problemas de la vida... hipótesis, generalidades, conjeturas... ¡metafísica!”⁴

Aparentemente lejos de la sociología contemporánea, la literatura muestra una vuelta idealizante a la Edad Media, que se combina, sin embargo, según mostraremos, con propuestas regeneracionistas directamente entroncadas con el pensamiento positivista. Esta combinación de idealismo y positivismo caracteriza, a nuestro juicio, algunas de las propuestas sociales que por la vía de la ficción van a canalizar ciertas obras literarias noventayochistas.

De un lado, y según la noción de “lectura de los clásicos” propia de las doctrinas estéticas del krausismo,⁵ se relee en clave contemporánea la épica medieval.

⁴ En cap. VIII, 1 de la novela citada.

⁵ Giner entiende que las obras literarias de cada época son las que nos hablan de la historia verdadera y del espíritu colectivo, por encima de la información que puedan proporcionar los historiadores. Cf. Juan López Morillas, “Las ideas literarias de Francisco Giner de los Ríos”, *Revista de Occidente* (Madrid), 34 (enero de 1966), pp. 32-57 y *Krausismo: estética y literatura*, selección y edición de Juan López-Morillas, Barcelona, Labor, 1973. La investigación filológica fomenta la vuelta al estudio de la lengua y obras medievales, desde el impulso de don Ramón Menéndez Pidal, fundador del Centro de Estudios Históricos y alentador del estudio del castellano y la literatura medieval mediante obras monumentales como *Orígenes del castellano* y sus estudios sobre el *Poema de Mio Cid* y la *Leyenda de los Infantes de Lara*. Joaquín Costa, unánimemente reconocido como parte del sustrato ideológico del 98, dedica varios ensayos a exponer su interpretación de la figura del Cid (“Lo que es la epopeya del Cid”, “Simbolismo del Cid”, entre ellos), proponiendo servirse del héroe épico como símbolo o emblema de lo que sería un modelo de ciudadano honrado, portavoz del Derecho en Santa Gadea.

José Carlos Mainer ha observado que entre los aspectos comunes de diversas obras de los primeros años de nuestro siglo, desde el punto de vista ideológico se encuentra la nostalgia no ya de lo medieval sino de cierto primitivismo salvador, de un retorno a la primigenia dignidad celtibérica. Por otra parte, *Voces de gesta*, las dos primeras *Comedias bárbaras* de Valle Inclán y obras teatrales galdosianas, como *Alma y vida* y *Celia en los infiernos*, tendrían en común el aspecto idealizante de una edad de oro campestre, que ya había reflejado nuestra literatura del siglo xvi y del neoclasicismo.⁶

No sólo en las obras citadas por Mainer se encuentran claros ejemplos de la nostalgia idealizante. El espíritu de la épica medieval traído a tiempos cercanos se halla en las series cuarta y quinta de los *Episodios nacionales* galdosianos, compuestas respectivamente entre 1902-1907 y 1907-1912, cuando el novelista se aleja del realismo y camina hacia el simbolismo, para ensayar la creación de un emblema iconográfico y de caracterización alegórica que condense lo heroico del espíritu español a través de los siglos. La familia castellana de los Ansúrez, robustos y nobles, con toques claramente medievales, se convertirá, en la cuarta serie, en símbolo del espíritu del español intrahistórico, con personajes tan emblemáticos como el joven Ruy o su hermana Lucila Ansúrez, verdadero icono del espíritu celtibérico.

Por otra parte, en la quinta y última serie aparece un sorprendente personaje, Clío, destinado a representar visualmente el concepto de Madre Patria (recogido por cierto ya en el *Diccionario* de la Real Academia Española de 1869). Posteriormente, en la novela regeneracionista de 1909 *El caballero encantado*, el personaje de La Madre corresponderá explícitamente a la materialización del concepto de "Madre Patria", tal como explican en conversación Gil y Pascuala:

¿Qué Madre es ésa?

—La tuya y la mía, la de todos..

Pero esa Madre, ¿dónde está? Yo no la veo.

—Es nuestro ser castizo, el genio de la tierra, las glorias pasadas y desdichas presentes, la lengua que hablamos.⁷

⁶ Mainer, "El teatro de Galdós".

⁷ En cap. xi de la novela, J. Rodríguez Puértolas, ed.. Madrid, Cátedra, 1970, p. 173.

En su encantamiento como castigo por su desánimo ante la situación nacional y por su ociosidad, el caballero de esta novela —absentista contemporáneo— es obligado a trabajar como cante-ro en Numancia, lugar emblemático de la heroicidad hispana. Este episodio, que juega con el anacronismo o la intemporalidad, nos remite a la tragedia *Numancia* de Cervantes, también de carácter alegórico, en la que la jornada I finaliza con la aparición de “una doncella coronada con unas torres y trae un castillo en la mano, la cual significa ESPAÑA”.

La encarnación cervantina de España imprecaba con dolor al cielo por su esclavitud ante pueblos extranjeros, y dialogaba con el río Duero personificado, que también es personificado como esposo de La Madre en *El caballero encantado*. Por otra parte, al final de la jornada III de *Numancia* aparece una madre semiale-górica que se lamenta por no poder alimentar a sus hijos, pues sólo le queda su propia sangre. Resulta evidente que la reminiscencia de la tragedia cervantina se encuentra en algunas de las alegorías contenidas en *El caballero encantado*. Frecuentes van a ser las representaciones alegóricas de “La Madre Patria”, vinculada con la búsqueda de “la España eterna” unamuniana de *En torno al casti-cismo*, y en la línea de personificaciones de grandes conceptos que caracteriza el estilo de sociólogos y teóricos regeneracionistas.

Los símbolos centenarios que rodean los mapas de la patria toman vida en *El caballero encantado*: la Madre alegórica se refiere a ellos y actualiza su validez, con una alusión a la guerra contemporánea con Marruecos, llena de ironía: “Me incomoda el verme representada con los atributos de que tan ruin abuso se ha hecho en las cabeceras de los mapas y en las etiquetas de la industria [...] Al mío, a mi auténtico león heráldico, que hace tiempo anda bastante achacoso y desmejorado, le he mandado al Atlas para que se reponga con los aires nativos”.⁸

El caballero encantado trata varios de los problemas afrontados insistentemente por la sociología regeneracionista: el abandono del campo y las desastrosas consecuencias económicas y de crisis de valores que conlleva el absentismo rural es uno de ellos. Pero las soluciones que la ficción literaria ofrece a este problema se nutren también de la literatura, aunque sin perder de vista la realidad contemporánea que se está denunciando. En dicha novela Galdós aborda con fina ironía otro de los males diagnosticados por Lucas Malla-

⁸ *El caballero encantado*, cap. VIII, p. 145.

da o Macías Picavea: la palabrería inútil. La Madre, alegoría de España, explica al caballero Tarsis que entre las causas de su castigo y encantamiento se encuentran el escepticismo y la charlatanería vana. Según la Madre, las palabras aisladas nunca son creadoras:

Y yo te digo, Gil, que cuando las palabras, o sean las féminas, no estén fecundadas por la voluntad, no son más que un ocioso ruido. Y aquí verás señalado el vicio capital de los españoles de tu tiempo, a saber: que vivís exclusivamente la vida del lenguaje [...] Habláis demasiado, prodigáis sin tasa el rico acento con que ocultáis la pobreza de vuestras acciones. Sois muy lindas tarabillas.⁹

En consecuencia, Tarsis debe purgar su culpa metamorfoseado en pez silencioso, nadando durante un tiempo en la “redoma del buen callar”, donde aprende que la palabrería y el escepticismo son inútiles y que debe volcarse en la acción. La solución literaria que esta novela propone para un mal contemporáneo pasa de nuevo por el homenaje literario, en este caso la peculiar relectura de las aventuras subacuáticas de la *Segunda parte de la Vida de Lázaro de Tormes*.

Significativamente, Galdós recreará también una escena con ambientación del teatro pastoril de fines del siglo xv. Pastores con nombres de ecos encinescos (Sancho, Mingo, Rodrigacho, Blas) reproducen una escena teatral en verso semejante a las églogas de ofrenda al Niño Dios, aunque ahora orientada hacia una propuesta de patriotismo contemporáneo, con una “Madre” receptora de los regalos de sus hijos más ejemplares:

SANCHO — ¡Vitor la Madre querida!

Dime, pastor, por tu vida,
¿qué es lo que tú le darás,
y con que la servirás?

RODRIGACHO — Daréle buenos anillos,

cercillos, sartas de prata
buen zueco, buena zapata,
cintas, bolsas y tejillos.¹⁰

Galdós, que muestra nostalgia del patriotismo ciudadano de épocas pasadas y en La Madre ha encarnado “el espíritu heroico

⁹ *Ibid.*, cap. IX, p. 151.

¹⁰ *Ibid.*, p. 156.

nacional” —advírtase el carácter netamente romántico de estos conceptos— comparte en esta novela la filosofía regeneracionista que exalta la vida del campo y la importancia de la educación, motivo común con *La razón de la sinrazón*, *Alma y vida* y la quinta serie de *Episodios*. Los saltos temporales y estilísticos, los intertextos literarios que parten de la literatura medieval y recorren los Siglos de Oro, se ponen al servicio de un claro mensaje regeneracionista cercano a las famosas propuestas de Joaquín Costa basadas en “escuela y despensa” y tan críticas de los métodos políticos caciquiles. A través de una especie de “máquina del tiempo” a que se somete al protagonista Tarsis, obligado a recorrer con la identidad de Gil los lugares y épocas de la España heroica, la obra es síntesis de las más destacadas soluciones regeneracionistas a los males contemporáneos de la patria.

En efecto, la visión organicista del Estado, corriente de época inseparable de las preocupaciones regeneracionistas, fue comparada inevitablemente no sólo por pensadores y teóricos, sino también por los autores de la llamada Generación realista¹¹ y de la Generación del 98.

No es preciso insistir mucho en la reconocida convivencia de los escritores realistas con los hombres del 98, y en su intento compartido de diagnosticar las enfermedades nacionales para luego proponer medios curativos o remedios. La ficción literaria puede ponerse al servicio de esta voluntad de diagnóstico y sugerencia de remedios, con lo que la literatura viene a converger en intenciones con los teóricos regeneracionistas, aunque puede ocurrir que sea la formulación literaria la que dote para siempre de vigencia a un sentir de época, tan a menudo expresado en textos cercanos al arbitramiento.

En el caso de Galdós, la crítica ha destacado sus obras teatrales tardías como el vehículo más idóneo para la expresión de sus

¹¹ La expresión “cuerpo social” aparecía ya incluida como segunda acepción de *cuerpo* en el *Diccionario* de la Real Academia de 1869 y, como ha documentado María Paz Battaner, era expresión frecuentísima en la Prensa desde 1869. La lexicógrafa aduce un testimonio de mayo de 1868 en la *Revista de España*, donde se lee “habíamos creído que la aristocracia inglesa era un cuerpo social que se había modificado a través de los tiempos”. Y del periódico satírico *La Flaca* propone un ejemplo, tomado de su número 1 de 1869, en el que el periodista anónimo se burla de actitudes apocalípticas que se expresarían en estos moldes: “Si no queremos que el monstruo de cien cabezas que se llama anarquía se introduzca en nuestro cuerpo social” (*Vocabulario político-social en España*, p. 364).

utopías morales noventayochistas,¹² que de modo inevitable se escoran hacia el simbolismo, rasgo que el propio autor hubo de justificar y hasta defender ante sus detractores, como hizo en el prólogo a *Alma y vida* (1902): “En cuanto a la forma de simbolismo tendencioso que a muchos se les antoja extravagante, diré que nace como espontánea y peregrina flor en los días de mayor desaliento y confusión de los pueblos, y es producto de la tristeza, del desmayo de los pueblos ante el tremendo enigma del porvenir, cerrado por tenebrosos horizontes”.

Alma y vida es efectivamente una de las utopías teatrales del último Galdós. En esta ocasión se pone el énfasis en la voluntad del pueblo rústico salvador, o en la voluntad de ciertos individuos excepcionales, que combaten la desgana de otros. La débil Duquesa de Ruydías, enferma de abulia —recuérdese el diagnóstico ganivetiano y la importancia del tema de la voluntad en el 98— representa a la que fue España heroica y en la actualidad no es sino una enferma sin energía. Gente sencilla y rústica, de ecos pastoriles medievales, intenta transmitirle aliento, en una idealización de las propuestas de solución campesina a la apatía nacional.

Muy expresivas son las palabras que Zafrana dice al personaje alegórico de España: “Y la voluntad mueve al mundo. Soberana emperatriz, agarraivos a la voluntad y salid de aquese yacimiento perezoso. Erguidvos pidiendo que os valga y socorra la Trinidad Santísima; soltad el peso de la jerrumbre, de tanta espina y clavazón de achacoso maleficio, y andad sin miedo”.¹³

Aunque desde una ideología conservadora, la novela perediana *Peñas arriba* serviría también, en fecha tan temprana como 1895, para ejemplificar las manifestaciones regeneracionistas de reivindicación de lo rural por la vía de la ficción literaria, entregada resueltamente a la utopía.

La novela de Pereda, que va convirtiéndose a lo largo de sus páginas en una égloga idealizante de la vida rural frente a la falsedad de la vida en Madrid, presenta una verdadera utopía campesina presidida por el Señor de Provedaño, aristócrata cántabro ejem-

¹² José Carlos Mainer afirma que “el drama como forma expresiva era el único terreno que podía dar cabida a la voluntad simbolista del aleccionamiento moral galdosiano”. En consecuencia, el autor va a simplificar “los elementos argumentales de la fábula, a costa de su verosimilitud y en orden a la consecución de una dialéctica pero imposible utopía moral”, “El teatro de Galdós, símbolo y utopía”, p. 191; véase del mismo autor “Algunas utopías españolas”, *El Urogallo*, núm. 144 (1971), pp. 81-88.

¹³ *Alma y vida*, acto tercero, escena IX, en *Obras completas. Cuentos y teatro*, Madrid, Aguilar, 1986, p. 572.

plar, preocupado de los suyos y sus tierras, autor de estudios sobre tradiciones cántabras, y al que se atribuyen libros como *Noticia histórica de las behetrerías, primitivas libertades castellanas*. La obra, ambientada en los años posteriores a la Revolución del 68, muestra de forma idealizada, aunque como una práctica viable, la realización contemporánea del antiguo sistema de las behetrerías cántabras: adscripción a una familia protectora a la que el campesino elige o a la que se vincula libremente. Por tanto, se considera deseable la recuperación de ciertos usos medievales, aunque pasados por toques presuntamente democráticos que requieren la aceptación previa del señor por parte de los colonos.

No estamos pues ante casos de utopías que, como género literario, suelen a menudo situarse, desde la obra iniciadora de Tomás Moro, en islas o en lugares sorprendentes, alejados de espacios abordables, a los que llega un viajero asombrado. La utopía procede ahora de la idealización de diversas etapas de la historia española, filtrada en buena parte por acuñaciones literarias clásicas. En la novela perediana, el caballero de Provedaño y señor de la behetrería-paraíso rural, se muestra también como un nuevo y necesario quijote de sus tierras, y su retrato se crea sobre una explícita pauta cervantina, tal como un personaje explica al protagonista en el cap. xv:

Con tales condiciones de carácter, este hombre hubiera sido en los siglos medios caballero andante o cruzado; pero le tocó nacer en estos tiempos descoloridos y prosaicos, y sus arremetidas andantescas le resultaban muy a menudo quijotadas, hasta por los descabros [...] Le dije a usted en una ocasión, hablando de lo que hoy tenían que hacer los hombres cultos y de buena voluntad en los pueblos rurales para conseguir en ellos lo que don Celso y sus antecesores en el suyo, que no en todas partes se lograba el mismo fruto.

En la ficción de *Peñas arriba* se legitima un uso o costumbre de estirpe medieval, frente a la práctica contemporánea del caciquismo. No es ocioso recordar aquí, de entre las innumerables investigaciones jurídicas de Joaquín Costa, las referidas al derecho consuetudinario del Alto Aragón, por ejemplo. El propio Costa intentó rastrear el posible aprovechamiento para su tiempo de los antiguos usos y costumbres regionales y hasta locales.

Por otra parte, los textos noventayochistas van a partir a veces de reflexiones acerca de la vigencia o caducidad de otras utopías

menos literarias y más cercanas en el tiempo, como son los experimentos del socialismo utópico del siglo XIX.

En el cap. XVI de *La voluntad* se presenta un diálogo teatral entre Yuste, Azorín y el jesuita Lasalde, uno de cuyos temas es precisamente el de las utopías, en concreto las que proponen un Estado regido por intelectuales, a partir de Platón. Lasalde opina que Platón con su concepto del Estado “llegó a ponerse en ridículo, llevado de su fantasía desenfrenada”, a lo que Yuste responde: “Platón suprime la propiedad, con lo cual se adelanta un poco a Proudhon; e iguala a las mujeres y a los hombres en derechos y deberes, con lo cual merece la gratitud de los feministas contemporáneos”.

Comenta luego la *Utopía* de Tomás Moro, y con gran escepticismo ironiza sobre la propuesta de sustitución del servicio militar obligatorio por el servicio agrícola obligatorio, entre otros asuntos. Tras exponer sus ideas sobre *La Ciudad del Sol* y la sugerencia de situar a un metafísico al frente de la sociedad, opina sarcásticamente sobre la propiedad comunal y el excesivo intervencionismo y reglamentación de la vida de los ciudadanos que se deriva de la obra de Campanella. Lanzar una flecha a los intentos comunitarios del XIX parece el objetivo último de este diálogo de la novela azoriniana.

Joaquín Costa mostró también sentido crítico sobre la inviabilidad de las propuestas del socialismo utópico, ya que a su juicio era preciso buscar soluciones españolas al problema nacional. Por no citar más que una de sus reflexiones:

El economista Say, con sus continuadores desarrollando indefinidamente las necesidades para fundar sobre ellas el progreso también indefinido; y Proudhon, Blanc, Fourier y Owen, arrullando al pueblo con sus proyectos absurdos de regenerar la sociedad en el seno mismo del sensualismo y de la inmoralidad, adelantaron la triste obra que hoy contempla el mundo con respeto.¹⁴

Por su parte, Unamuno expresaba en fecha temprana su desconfianza en los experimentos comunales, difíciles de concertar con las tendencias personales individualistas,¹⁵ conflicto que Felipe

¹⁴ *La salvación de España*, Madrid, Librería Bergua, s.f., p. 128.

¹⁵ Cf. los artículos unamunianos “Utopías”, en *Obras completas*, vol. IX, *Discursos y artículos*, Madrid, Escelicer, 1966, pp. 482-484 y “Experiencias utópicas”, pp. 640-641. En el primero, escrito para *La Lucha de Clases* en diciembre de 1894, expresaba el autor su convencimiento de que es imposible cualquier intento de organizar sistemática-

Trigo intentó resolver desde sus primeros artículos, ensayos de apariencia filosófica, hasta el libro algo más sistemático *Socialismo individualista* (1904). En él repasa con sentido crítico las propuestas sociales marxistas y la reglamentación de la vida ciudadana en las propuestas del socialismo utópico, con una visión escéptica semejante a la manifestada por Unamuno.

Los toques que de revolucionario romántico mantuvo Trigo se reflejan en *Socialismo individualista*, con una fe manifiesta en la educación y en el cambio de las relaciones sociales para lograr la felicidad del individuo, para la cual resulta fundamental la transformación del concepto del amor y de los vínculos convencionales de la pareja. Ello va a traducirse en algunas de sus novelas, que muestran nuevos modelos de relaciones familiares, sociales, económicas.

Pese a su escepticismo teórico sobre la organización de la vida comunitaria, Trigo se acerca a la utopía en dos de sus novelas, al fantasear sobre modelos sociales próximos a la perfección, con un orden natural ajeno, eso sí, a reglamentaciones, lo que permite a los habitantes de estos “paraísos” una vida casi ideal. El autor, que suele verter recuerdos autobiográficos en sus novelas, lo hace en *Las Evas del paraíso* (1910), donde idealiza el marco físico y la vida libre de los tagalos filipinos con los que se relacionó en una época crucial del desastre colonial, cuando marchó a Filipinas como médico de la Marina española. En esta novela dos parejas acuerdan una relación de intercambio libre entre ellos, logrando una comunidad sexual y económica, en el marco natural y desinhibidor de una plantación en una isla del Pacífico.

En *Sí sé por qué* (edición póstuma), el protagonista establece una colonia agrícola en el interior de Argentina, especie de comuna campesina basada en principios socialistas. El proyecto fracasa por el egoísmo de sus integrantes, que aún no están preparados para el nuevo modelo social, pero el novelista hace que permanezca el optimismo en un hombre renovador, Adamar —de Adán, nuevo primer hombre— que persevera en su confianza en la realización futura de la utopía.¹⁶ La relación con regeneracionistas como Cos-

mente y *a priori* una sociedad socialista o federalista. Y proponía a cambio un curioso liberalismo económico combinado con las convicciones socialistas. En el segundo, redactado para el mismo periódico bilbaíno en agosto de 1896, contraponía lo que parece considerar “el socialismo serio y creíble” a los experimentos comunitarios del socialismo utópico.

¹⁶ Manuel Pecellín hizo notar que las propuestas defendidas por Trigo en sus nove-

ta resulta clara en aspectos como la necesidad de la reforma agraria y de la lucha contra el caciquismo, la crítica de un clero cómplice de la oligarquía, la necesidad de emancipación femenina, etcétera.

Los autores que en la teoría critican el socialismo utópico razonan desde un sustrato romántico: la creencia en un “espíritu nacional” que requiere “soluciones nacionales” para los males específicos, evidente tanto si aparece en ensayos y tratados teóricos como en obras literarias.¹⁷ Recuérdense si no estas declaraciones del maestro Yuste en *La voluntad* de Azorín, aunque sin perder de vista que por encima de los personajes se sitúa un narrador omnisciente cuya intervención periódica viene a poner en tela de juicio los propios asertos de quienes actúan como *maestros* en la novela:

Y las viejas nacionalidades se van disolviendo... perdiendo todo lo que tienen de pintoresco, trajes, costumbres, literatura, arte... para formar una gran masa humana, uniforme y monótona... Primero es la nivelación en el mismo país; después vendrá la nivelación internacional [...] Yuste calla; después vuelve a su tema inicial:

—Yo veo que todos hablamos de regeneración... que todos queremos que España sea un pueblo culto y laborioso... pero no pasamos de estos deseos platónicos... ¡Hay que marchar! Y no se marcha... Los viejos son escépticos... los jóvenes no quieren ser *románticos*.¹⁸

La solución propuesta por las ficciones literarias pasa a menudo por las metamorfosis de los personajes, o por un proceso educativo de los mismos, en lo que sin duda son obras iniciáticas. Los desenlaces corroboran frecuentemente la fe en la educación de una pareja regenerada, voluntariosa, programática del nuevo y deseado orden social.

las guardan bastante relación con los pensadores del socialismo utópico, cf. *Literatura en Extremadura*, vol. II, Badajoz, Universitas, 1981, p. 174.

¹⁷ Sólo propondremos en este punto unas reflexiones tan significativas como las del Prólogo de Unamuno a la edición de 1902 de *En torno al casticismo*, donde enumera diversos intentos españoles y extranjeros de estudiar la psicología nacional española: Ángel Ganivet, Macías Picavea, Luis Morote, Rafael Altamira y su *Psicología del pueblo español*, Martín Hume y su *The Spanish people*, etc., con la intención de inscribir sus propios ensayos en esa serie de investigaciones de las que se considera precursor. Unamuno reconoce en su Prólogo: “Son no pocos, pues nuestros recientes desastres y batacazos han espoleado a buena parte de nuestros publicistas a aplicar el ‘conócete a ti mismo’ colectivo, y son bastantes los estudios que se han dado al público acerca de la psicología de nuestro pueblo”.

¹⁸ *La voluntad*, cap. VI, parte I.

En *El caballero encantado*, el rentista ocioso Tarsis y su amada Cintia, en su origen una remilgada “damita argentina”, son castigados por su inutilidad social, y tras sufrir una serie de pruebas iniciáticas y metamorfosis, aparecen convertidos en el rudo cantero y labrador Gil y la maestra Pascuala, pareja programática de una revolución social (nótese los ecos medievales de los nombres de sus nuevas personalidades).

El mestizaje con el pueblo americano aparece como solución, ya que el final esperanzador pasa por el matrimonio de la joven argentina y del caballero español, una vez que la pareja ha superado las pruebas iniciáticas a las que han sido sometidos, y que les han permitido conocer la historia nacional y valorar el heroísmo del español intrahistórico.

De un modo secundario, el mestizaje regenerador se vislumbra también en las palabras de Alfonso en la *Casandra* galdosiana. La esterilidad de la tirana familiar, la aristocrática Doña Juana, es vista como un castigo a la decadencia y el mundo de apariencias en que se desenvuelve la burguesía. Según juzga Alfonso: “Vivimos en un mundo de ficciones, en un armadijo de noblezas figuradas y de distinciones mentirosas [...] Ningún noble empobrecido tiene arranque para irse a labrar las tierras vírgenes de América, ni virtud para esconder su pobreza en un rincón campesino, entre villanos y animales”.¹⁹

En un lugar de tantas reminiscencias heroicas como Calatañazor es donde la dama argentina, ya metamorfoseada en la rústica Pascuala, descubre su vocación de maestra de los niños que allí ha conocido. Cuando al fin del cap. xvi la pareja encantada va a escarpase, cientos de alumnos salen de la escuela en tropel y los siguen. La Madre explicará más tarde que los niños son “la generación que ha de venir; son mi salud futura; son mi fuerza de mañana”, por lo que no permitió que su maestra los abandonase. Gil, ya convertido de nuevo en caballero, pero regenerado, promete convertirse él también en maestro.

No es casual que Galdós cierre sus últimas obras con otras parejas ideales, programáticas, regeneradoras, coincidiendo con las propuestas de Azorín, quien en 1904 expresaba en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* su creencia de que los médicos y maestros de escuela eran los responsables de hacer llegar la civilización a los pueblos retardatarios.

¹⁹ *Casandra*, acto II, escena IV, en *Obras completas, Cuentos, teatro y censo*, Madrid, Aguilar, 1986, p. 808.

La función simbólica de los personajes femeninos es indudable. Si una mujer representa a la Madre Patria, otra, enérgica y ancestral, puede actuar como emblema de la redención colectiva y la esencia del antiguo heroísmo nacional. La mujer fuerte y voluntariosa puede ser idealizada como inspiradora o salvadora del varón irresoluto y apático, como la Iluminada de *La voluntad*, que con su significativo nombre acaba reconduciendo la vida de un deliberador y pasivo Antonio Azorín. Como explica el narrador en cap. xxvii: "Iluminada es una fuerza libre de la Naturaleza, como el agua que salta y susurra, como la luz, como el aire. Azorín ante ella se siente sugestionado, y cree que no podría oponerse a sus deseos, que no tendría energía para contener o neutralizar esta energía".

En *La razón de la sinrazón* (1915), obra que completa el círculo de obras simbólicas en Galdós, los personajes vuelven a ser símbolos: Atenaida, de significativo nombre, es más encarnación alegórica de la sabiduría que personaje realista. Como Alejandro exclama: "Y pues eres tú la personificación de la humana sabiduría [...] Eres la perfección humana; por tu constante actividad y labor infatigable, vives irradiando energía y comunicándola a todos los seres que te rodean".²⁰

En el desenlace, tras la lucha de auto sacramental entre la Razón y la Sinrazón, la Verdad y la Mentira, permanece una pareja prometedora: Atenaida hereda la escuela y Alejandro se convierte en labrador. Ambos constituyen la pareja ideal que preparará el futuro a nuevas generaciones, fomentando un programa moderno de enseñanzas prácticas, de donde se deriven las teóricas, promoviendo la laboriosidad frente al ocio que intentaba implantar el reino de la Sinrazón. Las acotaciones reconocen los movimientos majestuosos de los personajes, que subrayan su carácter de abstracciones corporeizadas:

ATENAIDA —(*Avanzando con solemne arrogancia como personificación de una idea sublime*).

—Ved en esta mujer humilde el símbolo de la Razón triunfante [...] Somos los creadores del bienestar humano. El raudal de la vida nace en nuestras manos fresco y cristalino [...] Somos el manantial que salta bullicioso; ellos, la laguna dormida.²¹

²⁰ *La razón de la sinrazón*, en *Obras completas, Novelas. Miscelánea*, vol. III, Madrid, Aguilar, 1986, pp. 1161 y 1181.

La confianza regeneracionista de Galdós en la educación aparece por todas partes, como por ejemplo en sus palabras leídas en el mitin contra la guerra de Marruecos celebrado en Santander el 20 de agosto de 1911:

Los primores de la industria, las iniciativas comerciales, la superioridad de cultura y esfuerzo, son hoy por hoy los verdaderos conquistadores de pueblos. Pensar otra cosa es como correr hacia el definitivo cataclismo en alas del absurdo. Al soldado que pelea con bravura hasta morir han de preceder fatalmente el maestro de escuela que forja caracteres y el obrero que produce, un día tras otro, cuanto es necesario para la vida de la Humanidad.²²

La importancia de la educación es tema central en un episodio publicado en el mismo año que las palabras anteriores: en *La primera república* la divina Floriania es maestra de “un enjambre de pequeñuelos de ambos sexos”.²³ Su pareja, en este caso, es un forjador mitológico, semejante al de las representaciones de “la fragua de Vulcano”. Es evidente el sentido alegórico del forjador y su actividad de “forjar” los hombres del futuro, los que España necesita.

Más arriba nos hemos referido al planteamiento de la utopía rural en *Peñas arriba* de Pereda. Corresponde ahora señalar que su conclusión propone también a una pareja ideal, capacitada para la renovación social: en este caso, el rico propietario, antes cortésano y apático y poco a poco transformado, forma pareja con la joven y fuerte campesina. Así se concluye la novela, con las palabras del converso a la regeneración:

Y por último —llegué a decirme—, si las teorías de ese mediquillo están bien fundadas; si la reconstitución del cuerpo degenerado y podrido ha de venir por la sangre pura de las extremidades, alguien ha de empezar esa obra eminentemente humanitaria y patriótica. ¿Y por qué no he de ser yo?... Adelante, pues, con la dinastía de los Ruiz de Bejos; y a fin de que en mí no se acabe, demos cuanto antes una reina indígena a los tablanqueses,

²¹ *Ibid.*, p. 1183.

²² Texto publicado en *España Nueva*, 20 de agosto de 1911 y *El Cantábrico*, 21 de agosto de 1911. Recogidas en la recopilación de escritos políticos realizada por Víctor Fuentes, *Galdós, demócrata y republicano (Escritos y discursos 1907-1913)*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1982, p. 98. El prologuista explica cómo en el ciclo de vejez galdosiano aparece la mujer redentora, que en figura de madre, esposa o hermana representa la regeneración biológica, espiritual y moral del país.

²³ *La primera república*, en *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. v, Madrid, Aguilar, 1986, p. 436.

y bendiga Dios el intento para que le quepa a éste mi rejuvenecido hogar la gloria de haber puesto la primera piedra en ese monumento de regeneración en que cree y confiesa, con el entusiasmo de un apóstol, Neluco Celis.

Las parejas adánicas, purificadas, cierran varias de las obras que estamos recordando, a veces con la concepción de un hijo igualmente simbólico, que conlleva el germen de un nuevo país regenerado. De igual forma, el desenlace de la obra teatral galdosiana *Amor y ciencia* (1905) se incluye claramente en el signo de la utopía moralizadora: del asilo de desheredados surge una especie de Niño Dios, niño deformado recogido por el científico Guillermo Bruno, quien lo redime en una especie de religión natural vinculada con el progreso científico.

Concluiremos este recorrido recordando el acusado simbolismo del final de *El caballero encantado*, donde se anuncia la buena nueva de la espera de un hijo concebido por la pareja compuesta por la maestra argentina y el caballero español. A este hijo se le llamará Héspero, como el mitológico hijo de Atlas, distinguido por su justicia y bondad. La evocación del ideal jardín de las Hespérides, situado, según la tradición, en la costa occidental de Marruecos o en las Canarias, cierra la voluntad de síntesis de esta utopía de vejez.